



JOSÉ ANTONIO MARINA

es@lavanguardia.es

crear

EL PASILLO

Siempre me ha fascinado el talento arquitectónico. Por eso me hizo tanta ilusión que, de manera sorprendente, la Universidad Politécnica de Valencia me concediera el título de doctor honoris causa en Arquitectura. He disfrutado con las pirámides, los templos griegos, el arco, la bóveda gótica, ese milagro de ingenio que son los arbotantes, el crecimiento casi vegetal de las antiguas ciudades, el maravilloso invento de los puentes colgantes, pero nunca pensé que iba a admirarme

un invento minúsculo: el pasillo. Esta mañana estaba leyendo un estudio sobre un cuadro de François Boucher, el pintor predilecto de madame de Pompadour, pintado en 1739. Representa a una dama desayunando. Estaba muy divertido por lo que los autores me estaban contando, a saber, que el desayuno tal como lo conocemos hoy fue un invento francés, ocurrido en el siglo XVIII. Luis XV fue el primer rey que tomó por la mañana unos panecillos con una bebida caliente. Sus antepasados tomaban una comida copiosa. La bebida caliente podía ser chocolate (si se apreciaban sus supuestas virtudes afrodisíacas) o café (si se apreciaban sus supuestas virtudes antiafrodisíacas). De repente, sin venir a cuento, los historiadores –Rose-Marie y Rainer Hagen– hacen una afirmación: en esa época se inventó también el pasillo. He dado un respingo de asombro. ¿No ha existido siempre? Al parecer,

no. “Hasta ese momento –escriben– quien quería acceder a la última estancia debía atravesar todas las anteriores”. Sin embargo, en las casas de nueva construcción había un pasillo, lo que permitía la posibilidad de aislarse, de vivir solo. En ese momento recordé que en la antigua casona de Toledo donde nací y viví mi infancia, todas las habitaciones se comunicaban, es decir, se pasaba de una a otra. Sin embargo, también se podía entrar en ellas desde un pasillo exterior, una *galería*, que daba al patio.

¿Qué pasó a comienzos de siglo XVIII para que apareciera el pasillo? Un arquitecto de esa época, llamado Patte, nos da la pista. En 1728 escribió:

AL PARECER, ANTES DEL SIGLO XVIII NO EXISTÍA EL PASILLO, PORQUE HASTA ENTONCES NO SE VALORABA LA INTIMIDAD

“Hasta ahora no se conocía el arte de vivir privada y cómodamente”. Comienza a valorarse la intimidad. Nos cuesta trabajo pensar que no se apreciara siempre. Recuerdo que una de mis colegas en el estudio de los sentimientos –Catherine Lutz– pasó un par de años viviendo con la tribu de los *ilongots*, en un atolón del Pacífico, y contaba que al llegar

había pedido una pequeña choza para vivir sola. Desde ese momento consideraron que estaba chiflada porque ¿quién querría vivir sola en una cabaña pudiendo vivir con dos o tres familias, niños, gallinas y puercos, en una amplia habitación compartida?

La historia de la intimidad es una historia reciente. Los intrépidos historiadores de la vida privada nos dicen que no aparece hasta la edad moderna. Hasta entonces, todo se hacía en común. El pasillo permitió vivir simultáneamente solo y en compañía. La alta burguesía podía permitirse dedicar cada habitación a un uso. Ya no se recibía a las visitas en el dormitorio. El espacio privado se valoró cada vez más, hasta el punto de que “tener una habitación propia” se convirtió en un objetivo prioritario para un deseable nivel de vida. Resulta que el humilde pasillo es una invención revolucionaria. ■



Raúl